

Carta de Inglaterra

Por EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

El Londres del Dr. Johnson

☆ A espaldas de la iglesia de St. Clements Dane y mirando hacia Fleet Street, está la estatua de un hombre robusto, muy cargado de hombros, cabezón y con la peluca más encajada que puesta sobre el cabello. La inscripción al pie del monumento declara que es el doctor Samuel Johnson. Pero tal vez no hiciera falta inscripción alguna. Porque la hirsuta apostura de quien fue calificado en su tiempo de Osa Mayor y la dirección en que miran los ojos de piedra, bastarían para identificarlo.

Johnson, diccionario Johnson como lo llamaron sus contemporáneos para asociar a su nombre el de su magna obra de clarificación y fijación de la lengua inglesa, vigila Fleet Street con todo derecho. Los ciegos ojos de la estatua protegen de manera simbólica esa calle en que se concentran los mayores periódicos de Inglaterra. Johnson no sólo fue un crítico literario de primer orden, el más influyente hasta la fecha en su lengua, no sólo fue el autor de *Diccionario* y de la tragedia *Irene* y de la novela *Raselas, príncipe de Abisinia*; no sólo fue el poeta y cantor de Londres. Fue, es, sobre todo el polígrafo, el hombre que escribía sobre todos los temas y en todos los géneros, el antepasado dieciochesco del periodista actual.

★ La muerte falsa

Lo que los ojos inmóviles de la estatua contemplan hoy es una vía de intenso movimiento en horas de oficina y de misteriosa actividad en horas de la noche. Cuando cierran todos los comercios y escritorios del barrio, ocurre una primera, súbita muerte. Las calles se vacían de golpe, las ventanas se apagan, un silencio cae sobre las irregulares manzanas de piedra. Pero es una muerte falsa. No toda la actividad ha cesado. En la noche, y hasta en las altas horas de la madrugada, ciertos edificios vibran con el ruido de linotipos y rotativas, hombres llegan con prisa desde el barrio de los teatros, mensajeros corren y se oyen los estampidos de las puertas de los coches. Fleet Street renace de sus cenizas cotidianas a una hora en que todo Londres se afana por recuperar en el sueño las energías gastadas durante el día. El Londres diurno que domina la calle, el resto de la jornada.

En ese barrio, pero no sobre la calle central, se encuentra la casa del doctor Johnson. Es decir: una de sus casas. Porque en su azarosa vida, Johnson ocupó varias casas en la gran metrópoli que ya era Londres en el siglo XVIII. De todas ellas, la única que el tiempo ha preservado seguramente es la construcción de tres plantas y alta bohardilla que se alza en Gough Square. Para llegar hasta ella hay que abandonar ese hormiguero humano de Fleet Street, deslizarse entre corredores que son pasadizos públicos, acceder a patios que son plazuelas, para desembocar al fin en lo que a cualquier suramericano parecerá el corazón de un laberinto. Allí, entre edificios de ladrillo moderno que pagan tributo al gusto dieciochesco, auténtica en medio de tanta piedra reconstruida, se levanta la casa que Johnson ocupó durante una década de su madurez literaria y humana.

★ Destrucciones de dos siglos

Desde ese año de 1759 en que fue desocupada por Johnson, hasta 1940, la casa pasó por muchas manos que levantaron tabiques, burocratizaron sus salas en escritorios, o reverteron finalmente el edificio a su destino de habitación, pero convirtiéndolo en bo-

tel, en pensión. Las caprichosas destrucciones de casi dos siglos fueron nada comparadas con las de los aviones nazis. La bohardilla en la que Johnson, entre un caos de libretos y amanuenses, compuso su famoso *Diccionario*, fue alcanzada y destruida en 1940; otras bombas tocaron el edificio en 1941 y en 1944. Hoy el proceso de reconstrucción se ha completado. Y el visitante no puede sospechar que esa casa, tan sólida, tan oscuramente fiel al aire de un Londres desaparecido, sea en parte moderna.

La reconstrucción ha sido llevada a cabo con enorme tacto. Apenas entramos, la cuidadora nos facilita un par de noticias escuetas, y nos abandona a nuestro destino. Porque la casa de Johnson es un museo de inusual discreción. Nada de guías que nos abrumen con palabras impidiendo ver y sentir. Entramos en la casa y podemos visitarla a nuestro gusto. Johnson no debe soportar la equivocada popularidad de Shakespeare o de Byron. Quien se acerca a sus reliquias son algo más que turistas arrastrados por la resonancia de un nombre. Son sus amigos, sus lectores. Por eso nos dejan solos.

Podemos recorrer cada una de las salas, deteniendo la mirada en una estampa de época, pasando la mano por el respaldo de una butaca, sentándonos en esas cómodas ventanitas del dieciocho, para mirar desde ellas la plazuela que miró Johnson. Podemos repasar la lista de los estudios que le han sido dedicados, mirar los hermosos volúmenes custodiados en las librerías tras delicados cristales. Ascender por la escalera hasta esa bohardilla que hoy está ordenada y casi vacía, como nunca lo estuvo, nunca pudo estar, en la época que era el taller de ese hombre vehemente y bohemio.

★ La alta marea de hoy

Desde las ventanitas es otro el paisaje de Londres que hoy contemplamos. Los edificios vecinos muestran sus previsible secretos: escritorios en que hombres y mujeres se inclinan so-

bre máquinas de escribir, sobre expedientes. En la plazuela, camiones y automóviles en vez de historiados carruajes, en los techos algunas antenas de televisión. La estructura laberíntica de las calles es la misma. Si salimos en busca de los nombres que preserva Boswell en su magnífica *Vida de Johnson*, todavía podemos encontrarlos. Si, aquí está aún Temple Bar o Charing Cross, donde Johnson pudo contemplar la alta marea de la existencia humana; aquí está el teatro de Drury Lane y cerca el Covent Garden.

Pero sólo los nombres perduran. La taberna de la Mitra, a la que Johnson solía acudir, es hoy sólo una placa sobre la pared de un edificio ajeno; en Temple Bar, donde Johnson vio las expuestas cabezas de los traidores, ahora circulan leales ciudadanos de sombreros bombín; y en Drury Lane ya no está Garrick reviviendo con pelucas empolvadas las tragedias de Shakespeare, sino Alec Clunes tarareando *My Fair Lady*. Es cierto que todavía es posible seguir contemplando, desde Charing Cross, la marea humana. Pero es otra marea.

★ El pacto con la vida

El Londres de Johnson, el Londres humano que era el que interesaba realmente al polígrafo, ha desaparecido para siempre. Esa ciudad pintoresca y sucia, poblada en la oscurísima noche de prostitutas y borrachos (entonces los pobres tomaban gin tanto como hoy toman té); esa ciudad que Johnson gustaba recorrer en las horas de la madrugada, incansable en su apetito de conversación, de compañía humana inteligente; esa ciudad que era más suya de lo que fue de ninguno de los otros habitantes de su tiempo, porque la había cantado, porque había fatigado sus tabernas y librerías, sus templos y palacios; esa ciudad que en noches de pobreza debió patrullar con Richard Savage, esperando la salvadora luz del nuevo día; esa ciudad que lo veía llegar de madrugada, cansado e incansable a su casa de Gough Square,

★ Sólo recuerdo, no presencia.

deseando esa última taza de té con Miss Williams que le serviría para enfrentar la soledad de su dormitorio; esa ciudad ya no existe.

Quedan los monumentos, y las calles que parecen patios, y los nombres ilustres. Guiados por su tibio calor podemos recorrer aún el Londres de hoy como si fuera el de Johnson, podemos imaginar en esta enorme masa humana que se desplaza a nuestro alrededor lo que fue aquel Londres, más sucio y peligroso, más caótico, más vivo. Johnson lo amaba apasionadamente. Amaba su afirmación vital y a él descendía en la noche para renovar su pacto con la vida.

A pesar de los amigos que lo rodeaban, a pesar de la devoción de sus criados, Johnson era un hombre horriblemente solitario. Su soledad arrancaba de una conciencia muy aguda del desamparo existencial del hombre. A solas se sentía enfrentado con la nada. Ante sus ojos se abría el abismo de la muerte y de la brevedad. Su religión era — como la de Unamuno — desesperada lucha por creer. A solas, todo el peso y el misterio de la existencia lo destruía. Para seguir viviendo, Johnson se olvidaba en el trabajo o zambullía en las calles de Londres como el nadador que busca la perla en el lecho del mar.

★ El naufragio cotidiano

Lo que Johnson buscaba era la compañía humana, esa vida de relación que se asienta en el diálogo y en la convivencia, que por la mera fuerza de las palabras crea un mundo más ordenado y racional, un mundo en que hay respuesta para todas las preguntas, y en que soñamos, reñamos, reímos, como si fuéramos eternos. Ese era el Londres real para Johnson: el Londres de sus amigos discutiendo interminablemente hasta altas horas de la noche, el Londres de las calles pobladas de vida, así fuera en sus formas inferiores y hasta obscenas, el Londres que ahuyentaba la muerte, o el terror de la muerte.

Por eso, Johnson era siempre el último en irse a dormir. Y aunque no bebía más que té, y su contacto con el otro sexo se reducía a la conversación más cortés y distante, Johnson sufría al dejar las tabernas, las calles, la vida de Londres, y se retiraba hasta al último leño de ese naufragio cotidiano. Porque en casa, después de la última taza de té con la pobre, la ciega, la vieja Miss Williams, Johnson debía abrazar la soledad que había estado huyendo toda la jornada, la soledad de su alma encarada sin disimulo con Dios y con la muerte.

Quien está cansado de Londres, está cansado de la vida, dijo Johnson en frase lapidaria. Porque Londres era (para él) la vida misma. Y a ese Londres que fue suyo, su más profundo compañero, es inútil buscarlo en las calles ordenadas de hoy. Está en las páginas en que su admirador y devotísimo discípulo James Boswell registró para siempre las líneas de un diálogo interminable. El diálogo de Johnson con Londres. Es decir: con la vida misma.

Londres, setiembre 18 de 1959.

